

<http://www.5septiembre.cu/sociedad/educacion/item/56329-la-maestra-que-un-dia-sono>

Periódico 5 de septiembre, Cienfuegos

La maestra que un día soñó Destacado

20 de diciembre 2014

[Yudith Madrazo Sosa](#)



Anhelaba ser maestra. Ya trascendida la edad en que casi todo niño o niña se imagina repitiendo, en la adultez, los gestos, las palabras de regaño o encomio escuchados y vistos en aquella persona con la cual cada día se encuentra, mi amiga Drialys perseveraba en imitar a la profesora de Español- Literatura en cuanto tiempo libre nos dejaba el apretado esquema docente del preuniversitario.

Por eso a nadie sorprendió cuando llegado el momento de rellenar las boletas para las carreras universitarias, optara por varias especialidades pedagógicas, aunque terminara licenciándose en nuestra lengua materna. Demasiado había jugado a ser maestra y disfrutado el rol de monitora, como para no seguir ese camino.

Con tal decisión no hacía más que acudir al llamado de la vocación, esa voz interior que te dicta por dónde han de enrumbarse tus pasos en el derrotero profesional. Y tenía la suerte de contar con mentores de alta calidad para formarse en igual carrera.

Drialys, muchos como ella, soltó las riendas de la pasión por una tarea noble donde las haya. Escogieron para vivir ese mundo ambientado por aulas, pizarrones, sillas, mesas y un montón de alumnos traviesos, callados, listos, retardados, comunicativos o inaccesibles, donde ellos reinan y reparten por igual amor, conocimientos, paciencia....

Mi amiga había ponderado el peso de su labor, que no es tan solo enseñar ciertas materias, sino contribuir a forjar en cada educando los fundamentos de una persona de bien, instruida en valores y principios éticos, dotada de herramientas para modelar la vida a su alrededor en ambientes de paz, concordia y respeto.

Sabía que su papel resulta crucial para construir una sociedad que mira al progreso y al bienestar de su gente. Estaba convencida de que esa misma sociedad le debía deferencia y las sonrisas, los avances de los alumnos, el beso o el abrazo de gratitud que esos pequeños, ya de grandes, le ofrecerían al pasar de los años, sabrían a tesoros desenterrados en parcelas de constancia, sacrificio y denuedo.

Sin embargo, un día Drialys, también ella, resolvió abandonar a su amor primero. Dijo adiós al aula, al pizarrón, a los alumnos y corrió a entregar su esfuerzo en otras áreas. De tanto darse, apenas se tenía a sí misma. De tanto otorgar su tiempo a otros, apenas si quedaba unas horas para sí. Su fervor lograba encantar a niños y niñas con universales narraciones, pero no obraba el milagro de unos bolsillos holgados al final de cada mes. Se sintió ahogada y determinó hallar un aire mejor en algún sitio diferente.

Así conoció mi amiga, no solo ella, de otros universos donde igual requerían de su esfuerzo, su ciencia y paciencia. No obstante, le duele cuando otros la señalan y, como sin querer, la culpan de contribuir a engrosar la lista de quienes desertaron de la profesión, porque nunca se ha sentido infiel.

La escuela, los muchachos, aparecen con frecuencia en los sueños de Drialys. Entonces vuelve a verse en grado doce y otra vez coloca en primer lugar la frase: Licenciatura en Educación. Más, a ella, a muchos como ella, la Universidad jamás le enseñó que la vida no corre por el mismo carril de los anhelos. Y aunque ya nadie le rinda homenaje en diciembre todavía se sabe educadora, si bien ahora tiene su reinado en otros dominios.